Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, empresas, lugares y sucesos que en él aparecen son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *Not in My Book*

© 2024, Katie Holt. Publicado por primera vez en Estados Unidos por Alcove Press, un sello de The Quick Brown Fox & Company LLC.
© 2025, de la traducción por Silvia Guillén Macías
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-43-7
Código IBIC: FR
DL: B 3.874-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Javier Sánchez Meco

Impreso en junio de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Katie Holt

Amor entre líneas

Traducción de Silvia Guillén Macías



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para Momo, mi abuela y mi querido abuelo.
Me he dejado la piel, pero puede que también
se me haya ido un poco la lengua.

Para mis padres, que me demuestran todos los días
que el amor de las novelas románticas
también existe fuera de ellas.

OTOÑO

Extracto de *Sin título*,
de Rosie Maxwell y Aiden Huntington

La gente dice que del amor al odio hay un paso. Pero entre Hunter y yo había todo un océano de por medio.

Capítulo 1

Mi madre decía que cuando uno no tiene nada bueno que aportar es mejor quedarse callado. Era el típico consejo de madre, pero al final se terminó convirtiendo en una especie de mantra. A los del sur se les conocía por su hospitalidad, así que podía considerarse uno de los mandamientos de los sureños.

Estaba bastante segura de que la madre de Aiden Huntington le había recomendado a su hijo que hiciese todo lo contrario: «Si no tienes nada bueno que aportar, ¡grítalo a los cuatro vientos y repítelo sin parar hasta que les hagas creer que son unos auténticos inútiles!».

Eso explicaría por qué Aiden sentía la necesidad de atacarme en cada maldita clase.

–Las descripciones que apelan a los sentidos dejan mucho que desear.

Eso fue lo primero que le salió cuando le tocó dar su opinión sobre mi capítulo. El resto empezaba resaltando siempre una o dos cosas positivas y terminaba con una crítica constructiva y educada, pero Aiden prefería ir directo al grano, sin importarle si me hacía daño o no. Fue pasando las páginas, haciendo una mueca con el ceño fruncido, como si mis palabras le hubiesen ofendido a él directamente.

–Y los diálogos… Uf, no hay más que leerlos. Si Rosalinda...

–Rosie –lo interrumpí, y él alzó la cabeza para mirarme, con las cejas ligeramente levantadas–. Te lo he repetido un millón de veces. Me llamo Rosie.

Nuestra profesora, Ida, se aclaró la garganta y me miró con los

ojos entrecerrados. ¿La primera regla? No hablar hasta que no sea tu turno. Cada alumno debía leer su trabajo en voz alta delante de toda la clase, que siempre traía apuntes sobre la obra en cuestión. Y mientras el resto daba su opinión, el autor del capítulo debía permanecer en silencio y escuchar.

Cerré el pico y le hice un gesto a Aiden a regañadientes para que continuara.

El semestre había empezado hacía tan solo un par de semanas, pero esto ya formaba parte de nuestra rutina. Cuando se trataba de las propuestas de Aiden, todos alabábamos su trabajo, pero también lo evaluábamos. Sin faltarle al respeto; eran más sugerencias que críticas. Le hablábamos en todo momento con educación y le decíamos lo que creíamos que funcionaba y lo que no. El problema era que, la mayoría de las veces, a lo que escribía era imposible ponerle un pero.

Él, en cambio, decía lo que pensaba de los capítulos del resto sin tapujos. Era duro, pero, muy a mi pesar, todos sus comentarios resultaban útiles. Aiden tenía buen ojo para la literatura, cosa que me repateaba, pero que hacía que todo el que estuviese a su lado se convirtiese en un mejor escritor. Excepto yo. Nuestro tira y afloja venía de antes: me había hecho lo mismo el semestre pasado en la clase avanzada de Escritura de Ficción. Las novelas románticas le parecían una pérdida de tiempo, así que ni siquiera se esforzaba por mirar con detenimiento mi trabajo y mucho menos por ayudarme.

Siguió hablando un par de minutos más, diciendo lo mismo que siempre decía cuando se trataba de algo que había escrito yo:

–A ver, entiendo que haya romance, pero… ¿por qué tiene que ser la historia de amor la trama principal? ¿Los personajes no tienen nada mejor que hacer aparte de enamorarse? Y ¿qué significa «su mirada se oscureció»?

Miré a Jess desde el otro lado de la mesa. Éramos las únicas de la clase que escribíamos novelas de amor. Ella puso los ojos en blanco, solidarizándose conmigo. Como estudiante a tiempo completo, Jess estaba matriculada en dos asignaturas más que yo. No podía ni imaginarme lo agotada que debía de estar. Yo

solo lo era a tiempo parcial; apenas tenía dinero para pagarme el programa de posgrado en Escritura Creativa, así que no me quedaba más remedio que alargar mis años de estudio en la NYU, la Universidad de Nueva York.

Gracias a nuestra pasión en común, empezamos a hablar el año pasado. Sin embargo, ese vínculo empezó a hacerse más fuerte este año, cuando descubrimos la más que evidente aversión de Aiden a nuestro género. Me había pasado todo el semestre anterior quejándome de él, pero una vez que vio con sus propios ojos que parecía tenerme manía –algo que, curiosamente, a ella no le tenía– empezó a ponerse de mi parte. Siempre que mencionaba a Aiden, me decía: «Creo que lo hace por pura frustración sexual. Seguro que le pone peros hasta a los gemidos de su novia».

–Además –Aiden dejó caer la pila de papeles sobre la mesa de madera que nos separaba, haciendo una mueca, como si le supusiese un sacrificio tener que seguir mirándolos–, la historia no te dice nada. No hay emoción. Se supone que el romance debería hacerte sentir algo. Como mínimo alegría. Me sorprende bastante que ni siquiera hayas sido capaz de transmitir eso.

Fulminé a Aiden con la mirada, pero seguí nuestra regla de oro y me mantuve con la boca cerrada.

–Rosie, si quieres, ahora puedes responder a cualquiera de los comentarios de tus compañeros –dijo Ida una vez que Aiden terminó de dar su opinión.

Revisé los apuntes que me habían hecho mis compañeros. Era la tercera vez que presentaba mi primer capítulo, con la esperanza de que algo –cualquier cosa– funcionara. Estábamos en una optativa de escritura de novelas que duraba dos semestres, lo que significaba que teníamos que entregar la primera parte de nuestra obra a finales de este y tenerla acabada antes de que terminase el curso. A pesar de no ser obligatoria, nos servía para conseguir créditos y, sobre todo, para ayudarnos a aquellos que queríamos presentar una novela como tesis final.

Teníamos un periodo de prueba en el que podíamos tantear con diferentes capítulos hasta que estuviésemos seguros del rumbo

que queríamos que tomase nuestra historia, y yo aún seguía sin tener nada claro.

Había crecido con la idea de que quería ser escritora. Ya había decidido que iba a publicar novelas románticas y a hacer que los lectores de todo el mundo se desmayasen con mis historias. Era lo único a lo que podía aspirar. El amor era el motor de mi vida; el culpable de que lo viese todo con optimismo y esperanza. Quería hacerle ese regalo a más personas. Y esta era mi oportunidad de acabar de una vez por todas con mi bloqueo creativo y de publicar un manuscrito.

–Primero estoy intentando que haya tensión entre ellos. Quiero que el romance de verdad llegue al final...

Un resoplido me interrumpió. Aiden se apoyó en el respaldo de la silla y puso los ojos en blanco. Antes –hace una eternidad– Aiden me parecía mono. Si no lo conociese, me habría emocionado al pensar que acabaría sentándome justo enfrente de él. Pero después de nuestra primera clase juntos compartir espacio con él me producía rechazo. Éramos nueve en clase, pero los asientos que habíamos ocupado en nuestro primer día pasaron a convertirse en permanentes, de lo contrario, ya me habría cambiado al extremo opuesto de la mesa, muy muy lejos de él.

–Ay, perdón, Aiden. ¿Querías decir algo?

Entrecerré los ojos y lo desafié a hablar.

Los ojos verdes le brillaron como le ocurría siempre antes de que iniciáramos una pelea. Al muy sádico le encantaba que discutiéramos casi tanto como le gustaba torturar a sus personajes con historias deprimentes y finales trágicos. Era el tipo de protagonista que cualquier lectora de novela romántica detestaría y cada vez que abría la boca, lo demostraba.

–Ya he dicho todo lo que quería decir –respondió él, para mi sorpresa.

–No, por favor. Insisto.

Me incliné hacia él. El pelo me cayó por encima del hombro y se me dibujó una sonrisa en el rostro. Yo no era masoquista, pero nunca podía decir que no a una confrontación con Aiden. A diferencia del resto, yo no le tenía miedo.

–Muy bien.

Se enderezó en la silla y se subió las mangas hasta el codo.

Lo que más me fastidiaba de él, aparte de lo bien que se le daba escribir, era que era el chico más guapo que había visto en mi vida. Era como uno de esos hombres que salen en las cubiertas de los libros de romance histórico. Tenía la mandíbula cuadrada y el pelo perfectamente peinado y suave. La camisa de manga larga le quedaba como anillo al dedo y era lo bastante ajustada como para que se le notasen los bíceps. Desvié la mirada, intentando convencerme de que era igual de feo por fuera que por dentro.

–Es un romance contemporáneo, ¿no? –añadió él.

–Así es.

–Entonces, ¿cuánta tensión podría llegar a crearse en realidad? Vivimos en la cultura de la inmediatez. La única tensión que se crea hoy en día la da el deslizar el pulgar hacia la izquierda o hacia la derecha.

–Discrepo –intervino Tyler. Era una de las pocas personas sensatas que había en clase. A pesar de que Tyler y yo éramos buenos amigos, se había negado a escoger bando. Toda la clase había elegido si quería formar parte del Equipo Rosie o del Equipo del Mal, pero él se había mantenido al margen. Le dediqué una sonrisa a Aiden mientras Tyler hablaba, porque tener a Tyler en tu equipo significaba que eras el claro vencedor de nuestra competición tácita–. Creo que sigue habiendo muchas parejas que se conocen de manera fortuita, y, cuando lo hacen, estoy convencido de que se genera cierta tensión. Mi hermana conoció a su mujer en una cafetería. Nada de Tinder ni Hinge. Fue un encuentro casual y bonito.

Aiden puso los ojos en blanco al escuchar la palabra «bonito». De la misma manera que lo hacía cuando oía «final feliz», «cachorrito» o «cariño».

–Sigue sin decirme nada.

–Bueno, cuando esté escribiendo un libro para gilipollas infelices de veintitantos años, te pediré tu opinión –le espeté, cada vez más molesta.

–Genial. Cuando yo esté escribiendo un libro para mujeres que acaban solas y con gatos, te pediré la tuya.

Le hice una peineta, ruborizada por el enfado.

–Ya te he dicho que ese es un estereotipo un tanto anticuado. Y también sexista.

–Y yo ya te he dicho que la ficción literaria no es para gente infeliz.

–¡Yo no digo que la ficción literaria sea para gente infeliz! –La clase nos observaba como si fuera un partido de tenis; las cabezas se movían de un lado a otro con cada palabra que nos lanzábamos–. ¡Pero sí lo que sea que escribas tú!

–Vale, vamos a calmarnos.

Ida se levantó de su asiento, presidiendo la mesa, y nos miró a ambos. De buenas a primeras, no parecía una persona que intimidase, pero cuando Aiden y yo discutimos por primera vez nos demostró que tenía bastante carácter. Era pelirroja y los rizos, cuando se enfadaba, parecían llamas.

Aiden y yo nos recolocamos en nuestros asientos como si fuéramos unos críos de cinco años, fulminándonos con la mirada el uno al otro. Crucé los brazos sobre el pecho, resistiendo la tentación de sacarle la lengua. A pesar de que el semestre acababa de empezar, seguíamos arrastrando la tensión del anterior, y era consciente de que la clase también lo notaba. Dijera lo que dijese, él me llevaría la contraria, y viceversa. Estaba segura de que todo el mundo lo comentaba a nuestras espaldas.

–Vamos a intentar comportarnos de manera civilizada y convertir esta clase en un espacio seguro para compartir nuestro trabajo. –Ida nos lanzó una mirada de advertencia–. Tenemos que aprender a respetar todas las historias, aunque no sean de nuestro agrado.

Y luego empezó a darme su opinión sobre mi capítulo, y yo intenté hacer lo posible por prestarle atención, pero Aiden me había descentrado. Una vez que terminó y pasamos a comentar el trabajo de otra persona, miré a Aiden, deseando con todas mis fuerzas que se evaporase. Él alzó la vista y sus labios se curvaron en una mueca de disgusto antes de volver a girarse hacia Ida.

Me clavé las uñas en la palma de la mano y me juré a mí misma que algún día escribiría un personaje con su nombre y le daría la muerte más insoportable y dolorosa que se me ocurriese. Aunque estaba segura de que eso le encantaría al verdadero Aiden.

–Tenéis que terminar de trazar la trama antes de que acabe el periodo de prueba, porque después nos dedicaremos únicamente a la redacción –nos informó Ida–. Sé que da respeto, pero tenemos que ponernos las pilas si queremos terminar las novelas a tiempo. Si alguno siente que está bloqueado, puede venir a verme en el horario de tutoría. Hasta la próxima clase.

–Rosie, ¿vienes a tomar algo con nosotros? –me preguntó Jess, mientras recogía la pila de papeles con todos los comentarios de mis compañeros y la metía dentro de mi bolsa de tela.

Tyler, Logan, Jess y yo solíamos ir a un bar, el Peculiar Pub, después de clase. Jess y yo nos habíamos hecho amigas enseguida durante nuestro primer semestre juntas, cuando estábamos estresadas por los plazos de entrega y escribiendo como si no hubiera un mañana en cualquier cafetería de Greenwich Village. Tyler era el *crush* de Jess. Habíamos coincidido un par de veces con él en la biblioteca y en Writer's House, hasta que, la primavera pasada, se matriculó en la misma asignatura que nosotras. Jess había tenido una especie de flechazo, así que decidí invitarlo a Logan y a él a tomar algo con nosotras un día. Y así fue como se formó nuestro grupito.

–Hoy no –dije en tono de disculpa–. Tengo turno en el Hideout. A ver si puedo la próxima. –Miré a Tyler desde el otro lado de la mesa y le susurré a Jess–: No desaproveches la oportunidad, id vosotros.

Jess puso los ojos en blanco.

–Sí, claro… Como está tan interesado en mí...

–Sí que lo está –insistí–. Pero, si no te apetece, te prometo que la próxima vez haré de celestina.

–Más te vale –me dijo antes de salir por la puerta.

Miré el móvil e hice una mueca. Si no quería perder el metro y llegar tarde, tendría que correr hasta Union Square.

–Iré a tu despacho mañana, Ida –le grité, saliendo del aula.

–Trae el capítulo y los comentarios –me dijo, esbozando una sonrisa amable.

Dábamos las clases en el Lillian Vernon Creative Writer's House, un centro cultural cerca de la Quinta Avenida. Desde fuera, uno nunca se imaginaría que formaba parte del programa de posgrado en Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York. Era una casita preciosa con unas aulas diminutas, y me gustaba mucho pasar tiempo entre sus paredes. Después de cada clase, cuando me abría paso entre la multitud para no perder el metro, me sentía como una auténtica neoyorquina. El otoño acababa de empezar; me encantaba oír el crujido de las hojas con cada pisada y el contraste de los edificios de hormigón con las tonalidades marrones de los árboles.

Lo mejor y lo peor de estudiar en Nueva York era que la ciudad en sí era tu campus. No solo tenía que esquivar a un sinfín de estudiantes, sino también a los neoyorquinos ocupados que iban y venían del trabajo, y a los turistas que se detenían cada dos por tres a hacerse una foto.

Cada día que salía, me veía obligada a seguir el ritmo frenético de la ciudad. Al principio me costó acostumbrarme. En Tennessee, andábamos sin prisa. Nos tomábamos nuestro preciado tiempo para oler el dulce aroma de las rosas. Paseábamos e íbamos saludando a casi todas las personas con las que nos cruzábamos. Pero aquí las cosas eran diferentes.

Aligeré el paso para poder coger el metro de la línea 6 que llegaba en dos minutos, yendo en contra de mi naturaleza sureña.

–¿A qué viene tanta prisa, Rosalinda?

Di un respingo al oír la voz de Aiden. Me sacaba más de treinta centímetros, pero aun así se las había ingeniado para acercarse a mí de manera sigilosa.

–Estaba buscando un baño. Oler tu colonia ha hecho que me entren ganas de potar –respondí con dulzura.

De repente, un tipo se interpuso entre nosotros, caminando en dirección contraria, y me empujó al pasar por mi lado. Estuve a punto de caerme, pero Aiden me agarró por la cadera con firmeza.

–Es italiana, por si no lo sabías –me informó él, levantando la barbilla.

Se había puesto un jersey negro, lo que le daba un toque otoñal y *cozy*. Negué con la cabeza, intentando apartar ese pensamiento de mi mente.

–Es de persona arrogante, por si no lo sabías.

Llegamos por fin a Union Square y bajamos juntos las escaleras que se encontraban justo al lado del parque. Fruncí el ceño cuando los dos pasamos los móviles por el torniquete. Cogía este metro todos los lunes y miércoles después de clase y era la primera vez que coincidía con Aiden. Lo miré por el rabillo del ojo mientras bajaba las escaleras a mi lado. Si su intención fuese asesinarme, no lo haría en público, ¿no?

Se quedó a mi lado en el andén, esperando a que llegase el metro. Lo miré y después me fijé en las vías vacías. Retrocedí un par de pasos y me quedé detrás de una de las columnas. Solo por si acaso.

Nos quedamos en silencio, con el estruendo de los trenes que teníamos alrededor de fondo. Cuando empecé a perder la paciencia, me giré hacia él, desconfiada.

–¿Me estás siguiendo? –le pregunté, con las manos en las caderas y haciendo todo lo posible para incomodarlo, a pesar de que tenía que estirar mucho el cuello para poder mirarlo a los ojos.

Me lanzó una mirada divertida.

–Podría preguntarte lo mismo.

–¿Acaso coges la línea 6? –indagué con recelo–. Nunca te he visto por aquí después de clase.

Me dedicó otra mirada.

–No.

–¿Ves? Me estás siguiendo.

El metro pasó a toda velocidad por nuestro lado y el viento hizo que el pelo me tapase la cara. Con el ruido del tren de fondo, Aiden se inclinó hasta quedar a la altura de mis ojos y esbozó una sonrisa.

–Estás en la línea L.

Extracto de *Sin título*,
de Rosie Maxwell y Aiden Huntington

–¿Eres así de pesada siempre? –pregunté, alargando las palabras–. ¿No te cansas?

Ella me miró con los ojos entrecerrados. No me habría sorprendido si le hubiese salido humo de las orejas.

Bajó los brazos y apretó los puños. Tal vez si fuese más alta, me daría miedo. Pero me parecía un tanto… adorable.

–¿Y tú eres así de gilipollas siempre?

Me quedé callado, fingiendo que le daba vueltas a la pregunta.

–Sí, diría que sí.

Capítulo 2

–Sé que llegó tarde, lo siento. –Asomé la cabeza por el despacho después de fichar–. Me he equivocado de línea, me he perdido, y ¡todavía tengo que cambiarme!

–No te preocupes, Rosie. Solo llegas unos minutos tarde. –Mi jefe, Luke, ni siquiera levantó la vista del escritorio. Hizo un ademán con la mano y añadió–: Y el bar está vacío, así que… Cámbiate y ya está.

Me había mudado por puro capricho. Mi pueblo en Tennessee, Rogersville, contaba con menos de cinco mil habitantes, por lo que para mí una ciudad como Nueva York era un mundo completamente nuevo. Acostumbrarme había sido mucho más duro de lo que pensaba. No podía refugiarme en la hospitalidad sureña y aprendí bastante rápido que tenía que buscarme la vida sola. Pero al final había encontrado mi lugar en esta ciudad.

–Llegando tarde, ¿eh?

Alexa se inclinó sobre la barra y me dedicó una sonrisa que hizo que su pelo corto oscuro se balancease alrededor del rostro.

–Aiden –le expliqué mientras me ataba el pequeño delantal blanco alrededor de la cintura–. Me distrajo cuando salíamos de clase y terminé en la línea L en lugar de la 6.

–Ah, ¿sí? ¿Y cómo te distrajo exactamente?

Alexa movió las cejas.

–Sabes que no me refiero a ese tipo de distracción.

Puse los ojos en blanco, volviéndome hacia la pared en la que estaban las botellas de licor y los vasos para prepararle un Shirley Temple, el cóctel sin alcohol que le hacía cada vez que comenzaba

mi turno. Alexa defendía el sexo con el mismo ímpetu que yo el amor verdadero. De hecho, pensaba que acostarte con alguien que odiabas era lo mejor que podía pasarte en la vida.

–A ver, si está tan bueno como dices...

–Nunca he dicho que estuviese bueno –la corté, indignada, a la vez que deslizaba la bebida por la barra de madera.

Cogió el vaso y se lo llevó a los labios.

–No hace falta. Lo dices cada vez que te sonrojas al hablar de él y cada vez que me recuerdas que tiene los ojos verdes.

–Verde moco.

Alexa se echó a reír. Los ojos le brillaron.

–Tarde o temprano te darás cuenta de que tengo razón. Del amor al odio solo hay un paso, Rosie. Uno muy pequeñito.

–Tampoco tan pequeño –murmuré.

La verdad era que me pillé un poco por Aiden Huntington el otoño pasado. Jess me había llevado a rastras a una sesión de lectura en la que iba a participar Tyler, y Aiden se levantó a leer. Era la primera vez que lo veía, y me pareció innegablemente guapo, de hombros anchos y pelo oscuro. Resultaba difícil verlo bien bajo una luz tan tenue, pero pude distinguir su mandíbula cuadrada y sus ojos verdes. Y la forma en la que encogió la nariz y alzó la barbilla ligeramente cuando se puso de perfil... No pude evitar imaginármelo como el protagonista de una novela romántica.

–Buenas tardes. Soy Aiden y escribo ficción literaria. Os voy a leer un extracto de una novela corta que se titula *Hogar.*

Al instante, me cautivó con sus palabras. El zumbido de su voz llenó la sala e hizo que sintiese un cosquilleo por toda la columna. Su historia iba sobre un niño que nunca tuvo un hogar y que intentó buscar esa calidez en otras personas, pero que al final acabó tirando la toalla.

Se me caían las lágrimas; tal vez porque echaba de menos a mi familia. Lo escuché con atención, aferrándome a cada una de sus palabras. Habló durante cinco minutos, pero a mí se me hizo corto. Necesitaba seguir escuchándolo. Cualquiera hubiese sentido envidia al ver la naturalidad con la que encadenaba las frases, pero yo me quedé impresionada.

Después, el primer día del semestre de la primavera del año pasado, entró por la puerta con un abrigo de botones. Hacía un frío glacial, pero los chicos de hoy en día no usaban abrigos como ese, sino chaquetones de North Face con el logo delante o sudaderas con capucha. Y no hizo más que empeorar: se quitó el abrigo y se quedó con un jersey azul marino que luego se arremangó hasta los codos. Resultaba casi doloroso lo atractivo que era.

Ese día se sentó justo enfrente de mí y me devolvió la sonrisa con un gesto tímido. Me convencí de que, cuando terminase la clase, lo invitaría a tomar un café. Y en ese mismo instante, me imaginé lo que iba a pasar: charlaríamos, le diría que me había llamado la atención en la sesión de lectura, él me confesaría que estaba locamente enamorado de mí, y tendríamos nuestro fueron felices y comieron perdices. Una historia de amor como la de los libros.

Mi padre solía decir que yo no veía la vida de color de rosa, sino de color de Rosie. Veía lo que quería ver. Y vi a Aiden y fue amor a primera vista. Pero *la vie en rose*: cuanto más perfecto nos parece algo, más difícil nos resulta notar las señales de advertencia.

Todos nos sentamos en la mesa, nos presentamos y dijimos qué género nos gustaba escribir, desde terror hasta comedia. Sin embargo, desde el momento en el que pronuncié la palabra «romance», a Aiden le cambió la cara. La imagen de calidez que desprendía fue reemplazada por su característico ceño fruncido. Arrugó la nariz con disgusto como si estuviese diciendo: «¿En serio?».

Sentado en la silla como si estuviese en un trono, Aiden comentó que escribía «ficción literaria». Hasta alzó la barbilla cuando lo dijo.

A partir de ahí, las cosas fueron cuesta abajo y sin frenos. Aiden y yo nos llevábamos la contraria siempre que podíamos. Criticaba las novelas románticas cada vez que presentaba alguno de mis trabajos y hacía comentarios sarcásticos como: «Vaya..., ¡qué casualidad que solo hubiese una cama!» o «Ah, claro… Tiene muchísimo sentido que le oculte que es un príncipe. Sí...». Yo

también quería lanzarle pullitas a él que le hiciesen daño. Y lo intenté, pero me costaba horrores encontrar algo malo en lo que escribía.

Había cometido un error garrafal al contarle a Alexa que me hacía tilín Aiden, sobre todo, cuando aún no lo conocía de verdad. En realidad, ella seguía creyendo que no lo había superado, aunque evidentemente lo había hecho.

–¿Qué tal en clase hoy? –Alexa subió la barra de madera, tratando de ver algo detrás de ella–. ¿Quedan cerezas?

Saqué la pequeña taza de la nevera que había debajo de la barra y le puse un par en la bebida.

Alexa y yo éramos tres cosas: amigas, compañeras de trabajo y compañeras de piso. Las madres peruanas tienen contactos por todo el mundo. Cuando decidí mudarme a Nueva York, mi madre fue presa del pánico y llamó a todas mis tías para ver si conocían a alguien con quien pudiese irme a vivir. Y al final descubrimos que la amiga de mi tía que le enviaba pasta de ají amarillo desde Perú tenía una sobrina que se iba a mudar a la ciudad en la misma época que yo. Alexa ya había conseguido un apartamento en East Village, y el desconocimiento hizo que nos entendiésemos enseguida. Nuestra relación como compañeras de piso se acabó convirtiendo en una extraña e inusual amistad, así que, cuando terminó el año, ni siquiera nos pensamos dos veces lo de renovar el contrato de alquiler.

Aunque nos llevábamos muy bien, éramos polos opuestos. Tuvimos que aprender a adaptarnos al estilo de vida de la otra. A ella le encantaban las fiestas, las discotecas y los planes improvisados, mientras que yo prefería pasarme los viernes por la noche envuelta en una manta y planificarme la semana.

No me había resultado sencillo mantener mis raíces peruanas en Tennessee, ya que la única tienda que vendía Inca Kola estaba a dos horas del centro de la ciudad. Pero Alexa siempre tenía paquetes de galletas Morochas en la cocina y me enseñó a preparar algunos platos tradicionales, como el lomo saltado o el pollo a la brasa.

Casi nunca nos veíamos fuera del piso y del restaurante. Estaba

estudiando moda a tiempo completo en una universidad privada, The New School, y trabajaba como camarera a tiempo parcial. A diferencia de mí, a Alexa le habían ofrecido una beca. Yo, sin embargo, no podía permitirme esos lujos; entre semana trabajaba después de clase y los findes escribía y estudiaba.

–Aiden estaba más insoportable de lo normal. Tuvimos otro rifirrafe en clase.

Alexa se sentó en un taburete, y yo apoyé los antebrazos en la barra oscura.

–¿Y esta vez por qué?

–Atacó sin piedad mi trabajo. Pensé que había escrito un buen comienzo para mi manuscrito, uno del que estaba muy orgullosa, pero al parecer estaba equivocada...

–Oh, qué preliminares más interesantes… –Ella sonrió, cogió una cereza y se la llevó a la boca–. Cuéntame más.

El calor me subió por el cuello.

–Ya te he dicho que no estoy interesada… Es una persona horrible. Y lo peor es que solo es así conmigo, y todo porque no le gustan las novelas románticas. –Suspiré–. Es la versión 2.0 de Simon.

–Simon era un gilipollas egocéntrico.

Se me erizó la piel al pensar en mi exnovio narcisista. Me había pasado el último año intentando pasar página.

–Igual que Aiden.

–Simon no te valoraba ni valoraba tus sueños. Si le hubieses hablado en otro idioma, ni siquiera se habría dado cuenta.

–Ojalá Aiden y yo no hablásemos el mismo idioma… –murmuré.

Una pareja entró en el restaurante. Alexa dio unos golpecitos en la barra y dijo:

–Pasa de él. En fin, el deber me llama.

Mientras se acercaba a atender a los clientes, comencé a organizar los vasos y las botellas de alcohol.

El Hideout era uno de los mejores restaurantes de Flatiron. Estaba un poco lejos de nuestro piso, pero el sueldo y las propinas lo compensaban. No solía venir mucha gente entre semana, solo algunos clientes habituales, pero los fines de semana se llenaba.

Pese a que se podía ganar el importe de una semana entera en una sola noche de fin de semana, desde el primer momento me negué a trabajar los sábados y los domingos.

Apenas podía pagar la universidad y el alquiler. Me pasaba las noches comiendo las sobras del día en el almacén, en la parte trasera del restaurante. Odiaba tener que terminar el máster mucho más tarde que cualquiera de mis compañeros. Pero a pesar de que no estaba viviendo la vida desenfrenada en Nueva York que siempre soñé, estaba ahí. Y eso era lo que importaba.

Mi ex Simon y yo nos conocimos en el instituto. Casi como si hubiese sido un flechazo, me enamoré de él enseguida. Me seguía resultando difícil explicar el porqué. Tal vez porque parecía maduro y no era un completo idiota como el resto de los chicos a los quince. Tal vez porque nunca venía despeinado.

No empezamos a salir hasta que cumplimos los dieciséis. Era mi mejor amigo, hasta que una noche le confesé lo que sentía por él y todo cambió. Estaba tan feliz de haber dado el paso, de habernos convertido por fin en Simon y Rosie, que pasé por alto muchas *red flags*.

Él me repetía hasta la saciedad que era difícil encontrar un amor como el nuestro y que no podíamos arriesgarnos a perder lo que teníamos. De hecho, me convenció para que no solicitase una plaza en el Barnard College de Nueva York y fuéramos juntos a la universidad local. Le molestaba que hablase tanto de la Gran Manzana o de mi sueño de ser escritora. Pensaba que era una idea ridícula y que era mejor optar por algo más práctico como Magisterio, o simplemente quedarme en casa para criar a nuestros hijos. E incluso entonces, todavía me parecía romántico que quisiese formar una familia conmigo.

Cuando nos graduamos, se volvió aún más controlador. La situación podía conmigo, pero terminé convenciéndome de que todas las parejas se peleaban. Todas tenían sus cosas en común y sus diferencias, y esa era una de las nuestras. Pasó el tiempo y Simon siguió sin pedirme matrimonio porque, según él, «aún no estaba seguro».

Pero entonces leí *Por qué todos deberíamos leer novelas románticas*, de Ida Abarough, y me volvieron a entrar ganas de escribir historias de amor. En el artículo, expresaba con elocuencia por qué la población femenina leía novelas de este género y cómo hacerlo las animaba a tomar el control de sus vidas, sin ser cosificadas y sin dejar de sentirse deseadas. Y cómo habían ido evolucionando hasta incluir diferentes identidades de género y convertirse en un espacio seguro para las personas de color. Porque no importaba que el mundo de la protagonista estuviese patas arriba; siempre tendría un final feliz que le demostraría que todo en la vida tiene solución.

Esa noche ideé un plan y establecí los pasos que seguiría: entraría en la Universidad de Nueva York y asistiría a todas las clases de Ida que pudiese. Me había vuelto una persona apática que seguía trabajando en el bar del pueblo, así que la idea de intentarlo me devolvió la ilusión y, como si de un milagro se tratase o por pura suerte, justo después de mi veinticinco cumpleaños, me aceptaron en el programa de posgrado.

Cuando le conté a Simon que había entrado en la NYU, se echó a reír. Pensó que le estaba gastando una broma, y cuando le aseguré que hablaba en serio, me dijo: «Rosie, no hace falta que vayas a la universidad para vender ese tipo de libros. Pon un chico que esté bueno en la cubierta y no te hará falta hacer nada más». Todas las personas que formaban parte de mi vida, Simon incluido, pensaban que las historias de amor no eran más que un *guilty pleasure*. No ibas a la universidad a estudiarlo y, por supuesto, no le dedicabas toda tu vida.

Pero fui. Y lo primero que hice fue apuntarme a un taller de Técnicas Narrativas con Ida.

Simon y yo probamos lo de la relación a distancia durante un tiempo. Siempre había pensado que era la mejor manera de comprobar si lo que tenías con alguien era amor verdadero. Si querías a una persona, te daría igual quedarte despierto hasta tarde, aunque no pudieses con tu vida. Le dedicarías el esfuerzo y el tiempo que se mereciese. Sin embargo, cada vez que Simon y yo hablábamos por teléfono, él me decía: «Rosie, ¿cuándo vas

a despertarte de ese mundo de fantasía en el que vives y vas a volver?». Cada vez que le mandaba un mensaje y no me respondía, me convencía a mí misma de que no lo hacía porque estaba ocupado.

Nunca pensé que la distancia destruiría lo que teníamos, pero al final me alegré de que lo hiciera. La realidad me golpeó de lleno en mi primer otoño en Nueva York, y había ocasiones en las que me seguía costando creerlo.

Pero la clase de Ida consiguió que la escritura volviese a hacerse un hueco en mi corazón. Un día, al final de la sesión, nos dijo: «Si tenéis alguna duda, sobre lo que hemos visto hoy o sobre cualquier otra cosa, podéis venir a verme en mi horario de tutoría. Estaré encantada de ayudaros».

Tal vez era el protocolo de todo profesor, pero yo lo vi como una oportunidad. Empecé a ir a verla cada semana y me quedaba en su despacho durante horas, prácticamente obligándola a que me hiciese de mentora. Le contaba con todo lujo de detalles mis ideas y, al principio, ella negaba con la cabeza, esbozaba una pequeña sonrisa y me decía: «Rosie, quizá deberías dedicar estas horas a escribir o a ir a hablar con tu profesor del programa». Yo me limitaba a sonreír y a responderle: «Solo me he podido apuntar a tu taller. No tengo ninguna asignatura más».

Me llevó tiempo, pero, poco a poco, conseguí ganarme a Ida. Sabía que odiaba que la llamásemos «profesora Abarough» porque la hacía sentirse vieja. Acababa de pasar por un divorcio de lo más desagradable, pero al menos había conseguido quedarse con la custodia de su perro, Buster. Siempre tenía un libro de Lisa Kleypas en la mesa –*Casarse con él*– y lo leía cuando se sentía agobiada. Y en el fondo sabía que le encantaba ser mi mentora, aunque actuara como si lo detestara.

Como siempre hacía, me dirigí a su despacho en el Departamento de Filología de la NYU en Greene Street. Pero cuando vi un folleto en el tablón de anuncios que había cerca de su puerta, me quedé sin aliento. Lo descolgué enseguida y lo leí con atención.

En él, se animaba a los estudiantes a solicitar la beca Sam Frost que cubría la mitad de la matrícula del próximo año. *The Frost*

era una prestigiosa revista nacional de literatura, a la altura de *The Paris Review*. Si me la daban, no solo podría pagar sin problema el alquiler y convertirme en una estudiante a tiempo completo, sino que también me haría un hueco en el sector. Me metí el folleto en el bolso antes de entrar en el despacho sin llamar.

El espacio era pequeño, con una mesa y una silla frente a una pared llena de libros. Por lo general, siempre intentaba mantener el despacho limpio, pero el desorden tarde o temprano acababa reinando en el escritorio por culpa de las pilas de papeles y las tazas de café. Entré y me acomodé.

–Tenemos que hablar de tu capítulo –me dijo, sin levantar la vista del portátil.

Tenía el pelo recogido en un moño y las gafas negras en la punta de la nariz mientras le daba a las teclas.

–Lo sé. No es mi mejor trabajo.

Saqué los apuntes y el texto, dejándolo todo en el borde de la mesa.

–¿Qué es exactamente lo que intentabas transmitir?

–Pues… –Hice un ademán con la mano–. ¿Angustia?

Me miró con seriedad.

–Inténtalo de nuevo.

–No sé. Quiero que simplemente… enganche.

–Rosie –me dijo ella con dulzura–, el tiempo es oro. Tienes que decidir ya el enfoque que le quieres dar a tu historia o te quedarás con algo que ni siquiera te apasiona. Cuando termines, tendrás que presentar una tesis, así que es mejor que empieces cuanto antes. No sabemos si a tu tutor de tesis le gustará tanto el género como a mí, así que la propuesta tiene que ser lo suficientemente buena.

–¿De verdad no salvarías nada de lo que escribí?

Ella vaciló un instante.

–Claro que sí. Pero no refleja la personalidad y la esencia que tanto te caracteriza y que hace que tu redacción sea brillante. Todo lo que escribiste el semestre pasado parecía traspasar el papel y esto..., no sé, diría que las palabras parecen forzadas… No es muy propio de ti. –Cuando vio que se me desencajaba la

cara, añadió–: ¿Por qué no volvemos a leerlo juntas y vemos qué podemos dejar y qué no?

Nos quedamos sentadas en silencio mientras ella leía la copia que le había enviado por correo y yo revisaba los apuntes que me habían dado mis compañeros de clase, con la esperanza de que algo me sirviese de inspiración. Aunque la letra se entendía perfectamente, entrecerré los ojos, agarrando el papel con fuerza.

«Las descripciones dejan mucho que desear».

«Los diálogos no suenan naturales».

Cada comentario terminaba con un punto. ¿Qué tipo de psicópata tomaba notas y ponía puntos al acabar la frase? La ira me recorrió el cuerpo al leer sus palabras.

–¿Esto es en serio? –Le di las notas de Aiden–. ¿Has reconsiderado lo de expulsarlo de la clase?

Ella puso los ojos en blanco.

–Sois los dos igual de insoportables –respondió, y los labios se le torcieron un poco cuando leyó los comentarios.

Me quedé con la boca abierta, perpleja.

–¡¿Qué?! Si soy un maldito encanto. Aiden supone una amenaza para toda la clase.

–Te recuerdo que la semana pasada amenazaste con tirarle la libreta desde lo alto del Empire State.

Hice un gesto con la mano para restarle importancia.

–Por favor, estaba de coña.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué hay de aquella vez que le dijiste que lo que escribía podía haberlo escrito perfectamente un grafitero en la puerta de un baño?

–¿Eso? –me burlé–. Eso fue un cumplido. En las puertas de los baños hay frases bastante poéticas –comenté, sin perder la calma.

Ella se echó a reír y me devolvió el papel.

–No sé por qué os lleváis tan mal.

–Venga ya, consiénteme un poco… Sé que te encanta chismorrear sobre Aiden. Es nuestro pasatiempo favorito.

–No, es tu pasatiempo favorito. –Me fulminó con la mirada–. La mitad de las veces que vienes aquí, solo lo haces para hablar de él. Venga, termina de revisar las notas del capítulo.

Resoplé, pero hice justo lo que me dijo. Era difícil no tomarse sus palabras al pie de la letra cuando era un escritor con talento. Y en el fondo deseaba todos los días que apareciera en clase con el abrigo de botones, a pesar de que el otoño acababa de llegar y no hacía el frío suficiente para ponérselo.

–Rosie… –me llamó Ida en voz baja, de esa manera en la que siempre lo hacía para no herir mis sentimientos cuando me iba a decir algo que sabía que no me iba a gustar.

La primera vez que usó ese tono de voz conmigo fue cuando me derrumbé delante de ella después de que Aiden me dijese que mi capítulo estaba lleno de «clichés patéticos».

–Lo sé. Lo sé. –Levanté la vista de los apuntes–. Pero es que no sé cómo encaminarlo.

–Sigo sin entender por qué no continuaste con la historia anterior. Prometía bastante.

–Pero no te parecía buena –señalé.

–Sí que me lo parecía, pero había que darle una vuelta –me corrigió–. Creo que la descartaste por otros motivos que no tienen nada que ver con lo que yo te dije.

Me observaba con intensidad, y fui incapaz de mantenerle la mirada. Tenía razón. No había podido continuar con ese proyecto ni empezar uno nuevo porque me sentía como una impostora. Estaba escribiendo un romance intenso y arrollador cuando en realidad lo único que podía usar de referencia era la relación que había mantenido con Simon. Si no había conseguido tener mi propio final feliz, ¿cómo iba a saber cómo dárselo a unos personajes?

–Quiero probar cosas nuevas –le aclaré, ignorando su pregunta implícita–. Quiero escribir algo que me ponga a prueba.

–Vale. –Ida sacó un cuaderno del cajón de su mesa y colocó un bolígrafo encima–. Hagamos una lluvia de ideas.

Eso era justo lo que más me gustaba de Ida. Nunca me hacía creer que mis ideas eran absurdas. Nos pasamos la siguiente hora debatiendo diferentes tópicos literarios para ver cuál me encajaba más y ni una sola vez me hizo sentir idiota, como sí hacía Aiden.

Salí del despacho de Ida con una cosa clara: escribiría un romance que fuese divertido, sexi y adorable, y a Aiden no le quedaría más remedio que tragarse sus propias palabras.

No había venido hasta Nueva York para dejar que un imbécil arrogante con un abrigo de botones –por muy bonito que fuese el abrigo– me dijese que no era una buena escritora. Si él podía hacer que me viniese abajo con un par de palabras, yo podía hacer lo mismo. Porque yo también era escritora.

Extracto de *Sin título*,
de Rosie Maxwell y Aiden Huntington

–¿No estáis hartos ya de tanta pelea?

Maxine y yo nos miramos como si la pregunta nos pareciese ridícula.

–Es mi pasatiempo favorito.

Capítulo 3

Me prometí que me vengaría cuando le tocase el turno a Aiden. Y como si el universo se hubiese alineado a mi favor, leyó el peor capítulo que había escrito hasta la fecha. Al igual que yo, seguía sin tener claro el tema en el que quería que se centrase su historia. Me sentí mucho mejor al descubrir que no era la única que estaba perdida. Intentaba imitar el estilo de Faulkner, una especie de flujo de conciencia que en realidad no tenía sentido alguno. Mientras comentábamos su trabajo, todos fruncían el ceño, pero yo sonreía.

Espere con paciencia mientras el resto daba su opinión, hasta que llegó mi turno. Aiden clavó sus ojos brillantes en mí. Intenté disimular el cosquilleo de inquietud que me recorría todo el cuerpo.

–No sé… –suspiré con fuerza, colocando con cuidado las hojas encima de la mesa. Traté de mantener la calma, aunque el corazón me martilleaba en el pecho y me temblaban las manos. Tenía que mantenerme firme, no iba a dejar que Aiden se riese de mí por ser una escritora de un género comercial mientras se pavoneaba por ahí con ese estúpido aire de superioridad. Lo miré y levanté un solo hombro–. No es nada… original.

A Aiden le cambió la cara un segundo antes de volver a adoptar una expresión impasible. Reprimí una sonrisa y seguí:

–A ver, supongo que en parte lo haces porque eres un gran admirador de Faulkner, ¿o me equivoco? –Alargué las palabras, esperando a que me confirmase si mis sospechas eran ciertas, aunque en el fondo sabía que sí lo eran. Una vez, en el semestre

pasado, se pasó horas hablando sobre él y lo mucho que le había inspirado para escribir uno de sus relatos cortos. Aiden hizo un pequeño movimiento con la cabeza y se le tensó el músculo de la mejilla–. Me lo imaginaba. A ver, es tan evidente… No hay más que ver la forma en la que se narra todo sin interrupciones… Sin ofender, pero parece que te centras tanto en ser coherente que el texto termina siendo mediocre. Es más un *fan fiction* de Faulkner que otra cosa… Pero, oye, yo no tengo nada en contra de los *fan fictions*, ¿eh? De hecho, me encantan. ¡Pero no sabía que te iban a ti! –Le dediqué una sonrisa forzada desde el otro lado de la mesa.

Aiden soltó el bolígrafo que tenía en la mano. Se recostó en la silla y me miró mientras yo intentaba mostrarme indiferente.

–Vamos, que la historia no te dice nada –añadí, repitiendo las palabras que me había dicho él hace unas semanas. Me daban igual la dignidad y la madurez; tenía sed de venganza–. Diría que no es un comienzo factible para una novela, son más bien… las divagaciones que podría haber escrito perfectamente un chaval en 2003 en su blog. Es más, me atrevería a decir que ni siquiera tiene un pase. –Crucé los brazos y los apoyé en la mesa. La clase se sumió en un silencio incómodo cuando me giré hacia Ida con una sonrisa amplia–. Eso es todo.

Aiden me miraba fijamente, con los ojos entrecerrados y el odio creciendo entre nosotros.

–Vale… –dijo Ida con cautela–. ¿Quieres decir algo, Aiden?

Nos miró con vacilación, esperando a que estallara la bomba.

Para ser sincera, yo también lo esperaba. Deseaba ver a Aiden perdiendo los papeles mientras mis palabras se colaban en su mente y lo destrozaban como me había pasado a mí con las suyas.

Sin embargo, Aiden se enderezó y se aclaró la garganta. Después, miró a cada uno de nuestros compañeros y fue respondiendo con educación a las sugerencias que le habían hecho. Esperaba que le temblara la voz, que se le escaparan las lágrimas. Pero su expresión era aburrida, como si no le hubiese afectado lo más mínimo lo que le había dicho. El enfado me dio de lleno en el pecho. Daba igual lo que hiciese, siempre conseguía parecer que

estaba muy por encima de los demás. Fue conciso en sus aportaciones, y a mí me entraron ganas de estrangularlo.

Al fin, posó los ojos en mí durante un segundo antes de volverse hacia Ida.

–Ya he respondido a todas las opiniones que considero que valían la pena. Como ya dije en su día, no escribo para mujeres que se sienten solas y que viven sus fantasías a través de unos libros que se publican en masa y que se venden en cualquier hipermercado. Yo busco un texto de mayor calidad.

–Oh, venga ya –resoplé.

–Escribo para un público que se preocupa por cosas importantes y no por clichés y hombres que no existen en la vida real.

–Bueno, al menos mi novela no se convertirá en un posavasos para un cuarentón desgraciado que piensa que Matt Rife es una especie de Dios –contraataqué.

–La tuya solo servirá para poner encima el vibrador de una señora aburrida que vive con diez gatos.

–¡Sí, el vibrador que se acabará comprando tu mujer cuando vea que no eres capaz de satisfacerla!

–¡Al menos yo me casaré!

–¡Al menos yo...!

–Se acabó –espetó Ida. La mitad de la clase se quedó con la boca abierta por el *shock*, y el resto hizo lo que pudo para que no se le escapara la risa–. No quiero volver a oíros hasta que termine la clase –añadió, lanzándonos una mirada de advertencia.

Me encogí en mi asiento mientras la vergüenza hacía acto de presencia. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué quería vengarme de un hombre cuya opinión ni siquiera me importaba? Estaba en esa clase para aprender, no para discutir con uno de mis compañeros. Además, tampoco buscaba decepcionar a Ida. En nuestro primer día, nos había recalcado por activa y por pasiva que no iba a tolerar las faltas de respeto. Aiden y yo habíamos tenido nuestros desencuentros, pero nunca habíamos cruzado esa línea.

Durante el resto de la clase, mantuve la cabeza gacha; estaba demasiado avergonzada para establecer contacto visual con al-

guien. Y sabía que desde el momento en el que mirase a Aiden, sentiría la necesidad imperiosa de acabar con él.

Cuando terminó la clase, me dirigí hacia la puerta con la esperanza de no tener que volver a cruzármelo jamás. Había quedado con mis amigos para tomar algo en el Peculiar Pub, pero lo último que me apetecía era que me recordasen una y otra vez lo que había pasado en las últimas horas.

Los esperé al final de la manzana, en la intersección de la Quinta Avenida con la calle Diez. Jess y Logan se reían mientras caminaban y cuando me vieron se rieron aún más fuerte. Tyler los miró de reojo, con los labios curvados hacia arriba.

–No tiene gracia –me quejé.

–No, tiene muchísima gracia. –Logan sonrió–. Joder, qué bien me lo he pasado. A partir de ahora me apuntaré a todas las clases en las que estéis Aiden y tú.

–Se estaba comportando como un imbécil, y no estoy dispuesta a tolerarlo –dije a la defensiva.

–No es por nada, pero has empezado tú… –comentó Logan.

–¡Pero bueno!

–¡¿Qué?! ¡Es verdad! Y me alegro de que lo hayas hecho; la mayoría de las veces es Aiden el que inicia las peleas, pero, esta vez, ha sido todo gracias a ti.

Me moría de la vergüenza. Miré a Tyler y a Jess.

–No me habrá hecho la cruz por haberlo provocado, ¿verdad?

–No –respondió Jess para tranquilizarme–. Ya se ha pasado el periodo de prueba; ya no puedes cambiarte de asignatura. Puede que te baje la nota de participación o algo así, pero tampoco creo que sea para tanto.

–Vamos al Peculiar –dije, y suspiré con pesar.

Como adoraba las historias de amor y a Jess, le seguí dando conversación a Logan mientras caminábamos hacia el *pub*, dándole así algo de tiempo a solas con Tyler. De vez en cuando, mientras seguíamos avanzando, la oía soltar alguna que otra carcajada.

En los últimos meses, Logan y Tyler se habían convertido en grandes amigos. Tyler siempre se mostraba serio e impasible; era de los que medían las palabras antes de hablar y antes de escri-

bir. Le gustaba la ficción contemporánea que podía leerse como poesía y todo lo que escribía era cautivador. No era de extrañar que a Jess le gustase tanto.

Logan, por su parte, era todo lo contrario a Tyler. Era fácil saber lo que sentía o pensaba. No tenía filtro y tampoco era algo que le preocupase. Escribía comedias y novelas de terror y era capaz de hacer que se te erizara la piel en una página y que rieses a carcajadas en la siguiente.

El nombre «Peculiar Pub» era perfecto para nuestro bar: en la parte delantera estaba la barra y había espacio de sobra para merodear y hablar, pero, en la parte trasera, el ambiente era totalmente diferente; había reservados y las paredes estaban decoradas con chapas. Una vez le pedimos a la camarera que nos trajese la bebida más peculiar que tuviesen en la carta, y ella nos trajo una cerveza con sabor a tarta de queso y frambuesa.

–Os invito a la primera ronda –anunció Tyler–. Pido lo de siempre, ¿no?

Todos asentimos con la cabeza, y él se acercó directamente a la barra. Jess no le quitó el ojo de encima en ningún momento.

–Sabes –comentó Logan, pensativo–, creo que mi parte favorita ha sido cuando Aiden ha pronunciado la palabra «vibrador».

–¡Por Dios! –Agaché la cabeza.

–Nunca he tenido un vibrador. ¿Vienen con una especie de posavasos o...?

Nos miró a Jess y a mí, esperando una explicación.

Jess alargó el brazo desde el otro lado de la mesa para darle una cachetada cariñosa.

–Logan, cállate, por favor –añadió ella, y después hizo una pausa–. Y no, no vienen con posavasos.

Tyler apareció en ese momento con las bebidas. Nos entregó a Jess y a mí los margaritas y a Logan una cerveza. Este le dio un sorbo y dijo:

–Creo que si follaseis dejaríais de pelearos.

Tosí, atragantándome con el cóctel.

–¿Qué?

–A ver, es evidente que entre vosotros hay una tensión sexual

no resuelta. Probablemente os trataríais mejor si os acostaseis. Así no lo odiarías tanto.

Negué con la cabeza con vehemencia; me entraron arcadas solo de pensarlo.

–Uf, no. Seguro que usa metáforas raras cuando lo está haciendo. Además, no lo odio porque me atraiga.

–¿Segura?

Logan arqueó las cejas.

–Pues claro. –Me sonrojé–. Lo odio porque se cree mejor que nosotras por no escribir novelas románticas. ¿A que sí, Jess?

–Es más crítico con nuestro trabajo que con el del resto. Solo llevamos unas semanas de clase y no ha habido día que no le haya encontrado un defecto a los capítulos de Rosie.

Jess asintió en señal de apoyo.

–Pero de los tuyos no ha dicho nada malo –insistió Logan, frunciendo el ceño–. No es tan duro contigo como lo es con Rosie, y tú escribes lo mismo.

–No quiero seguir hablando de esto –dije–. Quiero disfrutar de una noche de copas con mis amigos sin tener que estar pensando en Aiden.

–Vale, vale. Cambiemos de tema –intercedió Logan–. Tyler, ¿qué va a pasar en los próximos capítulos de tu libro? Quiero un *spoiler*. Necesito saberlo.

Charlamos un rato sobre los proyectos de todos. Ya no podía dejar la asignatura, así que tenía que ceñirme sí o sí a la trama que se me había ocurrido. No podía permitirme el lujo de volver a empezar otra novela ni de probar otros comienzos. El tiempo corría en mi contra, tenía que escribir algo, lo que fuese. Sobre todo después de haber montado un numerito en clase.

Cuando nos terminamos la segunda ronda, Jess bostezó tapándose con la mano y dijo:

–Tengo que irme. No quiero llegar tarde a casa; tardo cuarenta minutos en llegar a Brooklyn.

–Yo también debería irme ya –coincidí yo.

Alexa probablemente seguiría en el trabajo, así que tenía que aprovechar el silencio para escribir.